

Santos Pérez, José Manuel – Megiani, Ana Paula – Ruiz-Peinado, José Luis (eds.). *Redes y circulación en Brasil durante la Monarquía Hispánica (1580-1640)*. Madrid: Sílex, 2020. 536 pp.

De igual modo que el llamado Portugal de los Austria es ya una etiqueta bien identificada en la historiografía de los últimos veinte años –y uno de sus campos más activos–, los demás territorios que conformaron la corona portuguesa cuando esta fue incorporada por Felipe II a su Monarquía han comenzado a ser objeto de investigaciones de enorme interés. Además de la relevancia que representan por sí mismas las *conquistas* lusas en África, Asia y América, el impulso de la historia global ha contribuido notablemente a aumentar una nueva generación de estudios que analizan la Monarquía Hispánica desde una doble naturaleza: la de un poder hegemónico en Europa durante al menos un siglo, y la de un imperio mundial protagonista de la primera globalización. Bajo el cruce de ambos enfoques, el Brasil de la Unión de Coronas se ha transformado en un terreno fértil que actualmente no sería exagerado afirmar que vive una edad de oro. Con una intensidad nunca vista antes, hoy se estudia el papel que desempeñó el *Estado do Brasil* como un elemento cada más más afectado por la política europea de los Austria y, a la vez, como una zona crecientemente involucrada en la mundialización de la alta edad moderna. Todas y cada una de las capitanías en que se estructuraba el Brasil tuvieron que responder a este doble reto bajo los Austria. Tal es, en buena medida, el tema de que trata este libro, a cargo del reconocido especialista José Manuel Santos Pérez –antiguo director del Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca e Investigador Principal del proyecto que ha dado lugar a esta monografía–, acompañado de la profesora de la Universidad de São Paulo Ana Paula Megiani, y del profesor de la Universidad de Barcelona José Luis Ruiz-Peinado. La obra reúne quince autores de diferentes nacionalidades y niveles académicos que permiten al lector hacerse una idea cabal del excelente dinamismo que caracteriza hoy al Brasil filipino.

El eje del libro es el concepto de “circulación”, elegido para vertebrar la vocación globalista de los respectivos análisis contenidos en sus más de quinientas páginas. Como explica Santos, el mejor modo de no abusar del término globalización y del adjetivo global consiste en atenerse a una definición concreta de uno y otro a partir de las muchas que ofrecen las corrientes globalistas de hoy. Santos es también el responsable del proyecto *Brasilhis* (“Brasil hispánico”) la mayor base de datos y fuentes hasta hoy disponible sobre la población que circuló por el Brasil de los Austria. De ahí su magisterio indiscutible para liderar este nuevo avance y discriminar sobre qué conceptos ha de pivotar la investigación. Para Santos y los demás autores de la obra, la primera globalización vino dada por tres fenómenos constitutivos: la conexión entre territorios, la circulación de gentes y productos y la creación de redes humanas fruto de los más variados intereses. Tal es la “idea-fuerza” del libro que sus numerosos autores desarrollan con coherencia: la del Brasil como punto de partida y

llegada de unas conexiones y redes cada vez más densas a medida que este “inmenso Portugal” americano ganó peso económico y político entre fines del siglo XVI y la primera mitad del XVII.

Cinco son los bloques del libro, determinados en función de sus protagonistas: agentes y oficiales de la administración real; comerciantes; misioneros; agentes locales y regionales; y agentes culturales.

Precisamente el primer capítulo del libro, también de autoría de Santos, explica la razón de este planteamiento a partir de la tipología y funcionalidad de los pobladores o viajeros que recalaron, estuvieron o trataron con Brasil. El mismo Santos reconoce que, no obstante la imposibilidad de tratar a estas categorías como entes estancos, al menos ayudan a caracterizar la multiplicidad de los elementos sociales que mestizaron el Brasil en todos los sentidos: étnicos, sociales, religiosos, lingüísticos, económicos y políticos. Son un punto de partida útil, no una conclusión en sí misma, como luego irán demostrando los capítulos del libro. Según la base creada por *Brasilhis*, unas 4.100 personas “contactaron” con Brasil durante los sesenta años de la Unión de Coronas. Su cuantificación y distribución por sectores de actividad no permite, claro está, hablar de un “modelo circulatorio” nítido, pero sí arroja “tendencias” que dan pistas potencialmente enormes para el historiador avisado. La metamorfosis del Brasil filipino, que en apenas tres generaciones pasó de ser un territorio marginal para los portugueses a convertirse en el centro de su actividad económica y desvelos ultramarinos, no respondió solo al despertar de sus pobladores, sino también al apoyo de la corona a aquellas iniciativas brasileñas que pudieran reportar riqueza y seguridad a sus protagonistas a la vez que a una corona enfrentada a guerras cada vez más costosas. Bajos los Felipes, no pudo ser casual que Brasil despegara del modo en que lo hizo —esto es, alcanzado la categoría de nodo comercial del imperio—, como tampoco lo fue que los portugueses penetraran con fortuna en la América hispana donde, aunque eran considerados legalmente extranjeros, fueron tolerados, cuando no bien aceptados, a causa precisamente de su capacidad para conectar, circular y crear redes. Algo similar cabría decir de los oficiales de la corona en Brasil que, si bien fueron portugueses en un 99%, sin embargo antes o después (o antes y después) de acudir a sus puestos en América pasaban temporadas en Madrid negociando y entablando relaciones que en absoluto se limitaron a la mundanidad cortesana. Estancias, dígame de paso, que habrá que investigar más hondamente en el futuro, sobre todo porque reflejar no solo la obvia importancia que fue adquiriendo el Brasil en el entramado hispánico, sino también el ascenso de la corona como poder dirimente en un *Estado* donde existían capitánías de donatario —esto es, en manos de señores. No fue esta la única singularidad del Brasil en comparación con los reinos de Indias castellanos: a diferencia de estos, en el Brasil no hubo tribunales de la Inquisición, ni audiencias (hasta Felipe III), ni universidades, ni imprentas. Ello sin duda influyó en que, como señala Santos recordando a Pilar Ponce, el paso por el Brasil contara más en el *cursus honorum* de los oficiales regios lusos que en el de los castellanos, pues todos los letrados portugueses destinados a ultramar tenían que obtener su titulación necesariamente en Coimbra, única universidad también de Portugal, y única, por tanto, que abastecía de jueces las *conquistas*. Tampoco el Brasil, en contraste con la América hispana, se constituyó en reino, sino que fue definido como *Estado*, es decir un patrimonio de la corona cuya naturaleza no regia obligó a nombrar un gobernador residenciado en Bahía, no un virrey. Solo al final del periodo filipino se dio este título al representante del monarca en Brasil, pero sin alterar la categoría de *Estado* asignada al territorio.

El texto de I. Siquiera y H. T. de Sá explica los conflictos administrativos habidos en Río de Janeiro respecto de las atribuciones (o jurisdicción) del gobernador Rui Vaz Pinto durante su mandato en 1617-1619. Pero como se demuestra, más importante que dilucidar la naturaleza del problema era el rédito político que las élites locales obtenían mediante la promoción de estos conflictos, prácticamente insolubles y que, antes o después, llevaban a los gobernadores a implicarse en las redes ya existentes, en este caso las cariocas. En esta línea, la contribución de P. I. Magalhães y L. F. Xavier sobre el gobierno de Diego Botelho en Bahía en 1602-1603, dejan claro que el nivel de resistencia “conspirativa” que este personaje halló en la capital del Brasil seguramente fue la causa que le indujo a solicitar a la corona –por primera vez en la historia del *Estado*– el título de virrey, única manera de dotar de mayor autoridad un cargo que suscitaba demasiado respeto entre la poderosa oligarquía bahiana. El capítulo de R. F. da Silva Lira trata sobre la importante figura del *Sargento-Mor*, existente en Portugal desde 1570 pero también operativo en Brasil a partir de 1588 –esto es, bajo los Austria. Su cometido era apoyar al gobernador general de Bahía en asuntos de naturaleza militar o defensiva, pero también tenía competencias para combatir el (intenso) contrabando que enriquecía a las élites. Su primer titular, Diego de Campos Moreno, desempeñó el cargo entre 1602 y 1617, un largo periodo cuyo análisis permite entender cómo la corona se valió de esta figura –a falta de otras– para reforzar la autoridad de un gobernador siempre puesto en duda por las ricas élites locales, con las cuales era preferible negociar antes que llegar al enfrentamiento.

El segundo bloque, dedicado a los comerciantes, arranca con un texto de P. Puntoni sobre la estructura monetaria del Portugal filipino. Como se sabe, los Austria mantuvieron la estabilidad de la moneda lusa durante toda la Unión de Coronas, a diferencia de lo que ocurrió en Castilla, donde las constantes acuñaciones de moneda de cobre (o vellón), las devaluaciones y los resellos dañaron profundamente su economía. Puntoni confirma el aserto historiográfico de que Portugal se benefició de la fuerza del real de plata castellano, obtenido en gran parte gracias al acceso de los mercaderes luso a la América hispana. Esta plata, a causa de ser necesaria para las transacciones de Portugal con los asiáticos, nunca llegó a ser suficiente en el reino. Pero es la transcendencia política de este cuadro lo que destaca Puntoni, al concluir que la indiscutible autonomía monetaria que disfrutó Portugal con los Austria corrió paralela con la dependencia lusa de la plata castellana. P. Cañón García ahonda en cómo el estudio de las redes y la circulación de sus miembros rompe o, cuando menos, ofrece una alternativa al esquema basado en el centro-periferia y resitúa la interacción entre lo local y lo global a través del proceso de la mundialización. Su estudio de caso –el Buenos Aires de la Unión de Coronas– habla de una región convertida en la bisagra de dos mundos, el español y el portugués, gestionada mediante políticas oscilantes precisamente a causa de esta ambivalencia comercial, acentuada por la omnipresencia de los mercaderes de origen cristiano nuevo. J. G. da Fonseca e Silva se ocupa precisamente de una de estas redes (con base en Amsterdam) dedicada al tráfico de esclavos africanos con destino a Pernambuco entre 1596 y 1626, un periodo de intensísimo crecimiento azucarero en esta capitanía del noreste brasileño que originó tantas posibilidades como conflictos. Gracias a las fuentes inquisitoriales, la autora ofrece un útil conjunto de cuadros sobre cantidades y porcentajes que confirman el fuerte dinamismo pernambucano bajo los Austria.

El tercer bloque de estudios lo inicia R. Bonciani con un texto muy atractivo sobre la circulación de objetos culturales entre los occidentales y los africanos que

suministraban esclavos a los europeos, sobre todo a los del Brasil. Así, los primeros compraban a los lusos bulas papales (a las que atribuían valores mágicos) que usaban para ganar ascendencia sobre otros grupos locales. El sincretismo –sobre el uso de la cruz o del bautismo, por ejemplo– estaba al orden del día, como lo estaba también el uso político de estos artefactos e interacciones culturales por parte de los agentes implicados. Le sigue L. Ruiz-Peinado con un ensayo sobre la red religiosa triangular entre Congo, Portugal y el Brasil a través de la figura del misionero capuchino, natural de Olinda, José de Pernambuco. Llegado a Congo en 1645, su figura ayuda a entender la interpretación mágico-religiosa que los congoleños hicieron de la actividad europea, en general, y de la misionera, en particular, ligada al gran “mercado de almas” que fue esta amplia región africana a mediados del siglo XVII.

El cuarto bloque concede todo el protagonismo a los agentes locales y regionales. Es el apartado de lo “glocal”, nombre con el que los expertos en la mundialización definen el impacto de las grandes corrientes de cambio planetarias en áreas o escalas más pequeñas. Como demuestran los autores de este apartado, el Brasil se incorporó –o fue incorporado– de lleno a este proceso durante la Unión de Coronas. K. V. Silva resalta la expedición y conquista de Paraíba a cargo del asturiano Diego Flores de Valdés en 1599, enviado por la corona para, en principio, acudir al estrecho de Magallanes pero con órdenes también de partir al norte brasileño como segundo escenario para expulsar los asentamientos franceses. Su caso, a poco de estrenarse la unión luso-española, ejemplificó la existencia de una política “global” además (y por encima) de la específica de cada reino, así como la transferencia de técnicas de guerra y gobernanza entre ambas coronas. Los “tercios” que operaron en la conquista de Paraíba copiaron el modelo castellano –aunque los integraron flecheros tupí que, a su vez, alteraron el *modus operandi* de esta unidad; y la implantación de un poder ejecutivo “centralizado” en la región fue algo que tampoco encajaba en la tradición portuguesa. S. B. R. de Brito profundiza en este mismo episodio analizando una fuente poco conocida: el relato de la conquista de Valdés a cargo del escribano mayor de la expedición, Pedro de Roda, depositado en la Huntington Library (California). Este valioso contrapunto al conocido relato de Pedro Sarmiento de Gamboa permite confirmar que la actividad de Valdés en Paraíba no respondió a la necesidad de compensar su fracaso en el estrecho de Magallanes, sino que el propio Felipe II había decidido la intervención de esta flota en el norte del Brasil para afianzar su reciente entronización como monarca de Portugal. I. M. Vicente Martín avanza en la cronología y nos lleva hasta Bahía para estudiar uno de sus momentos menos conocidos: los años 1625-1640, esto es, entre la recuperación de la ciudad tras haber sido tomada por los holandeses en 1624, y la Restauración de Portugal. Asistimos en este capítulo a un inteligente y oportuno análisis de los últimos años del Brasil hispánico, cuando la capital del *Estado* experimentó cambios notables en su tejido social y en su gobierno a causa, básicamente, de la numerosa población militar que decidió permanecer en Bahía tras su reconquista y, también, por las demandas fiscales de la corona a las que tuvo que hacer frente el gobierno local. Hasta 1640 Bahía hubo de acoger unos 5.000 militares de origen portugués, napolitano y castellano más los tercios de indígenas reclutados para su defensa. A cambio de este esfuerzo, la elite bahiana tomó conciencia de su nuevo protagonismo en el esquema imperial de la Monarquía (Bahía se autonombró más que nunca “cabeza del *Estado do Brasil*) y trató de negociar y obtener ventajas de su nuevo estatuto. En este sentido, cabe afirmar que la guerra con los holandeses no solo destruyó el imperio, sino que

también lo “creó”, al abrir la puerta a expectativas y oportunidades que habrían sido impensables dentro de una escala de pertenencia más reducida.

G. A. O. Sterling refuerza la idea de integración a través de una polémica figura: la del gobernador de Paraguay, Luis Céspedes, entre 1625 y 1632, año este último en que fue depuesto y enjuiciado por la audiencia de Charcas por mal gobierno y favorecedor de la camarilla portuguesa instalada en Asunción gracias a su matrimonio con Victoria de Sá, perteneciente a este rico y poderoso clan carioca. Pocos acuerdos como este reflejaron mejor hasta qué punto los vasallos de España y Portugal aprovecharon la Unión de Coronas. La fusión entre las obligaciones de Céspedes como gobernador y sus intereses familiares resultó llamativa y, desde luego, dio lugar a abusos de poder y corruptelas, pero seguramente no muy distintos a otros que se cometían a diario en una región alejada de las altas autoridades y donde la frontera devino una entelequia. La región de Guairá era una “zona de contacto” potencialmente abierta a tomar cualquier dirección. La clave radica en el modo en que este tipo de alianzas fueron planteadas, como en el caso del matrimonio Céspedes-Sá, y luego manipuladas, en particular por la población criolla que, al verse postergada, se convirtió en la causa de la ruina política del gobernador. De algún modo, la Unión de Coronas ya no estaba solo en las manos del rey, sino de unos súbditos que tan pronto favorecían las relaciones entre ellos como las cancelaban. C. Vilardaga cierra este bloque precisamente con un análisis sobre el origen de la riqueza de los Sá y de su más famoso representante, Salvador Correia de Sá, en particular sus inversiones en la minería regional de oro y hierro –trabajada con mano de obra indígena– en combinación con el disfrute de cargos militares –como el de maestro de campo–, usado para “pacificar” indígenas que, a su vez, eran captados para sus minas. Su colaboración con el gobernador Céspedes y su presencia entre Paraguay y Buenos Aires en los años previos a 1640 le valió crear una “espacialidad comercial” que, tras la Restauración, intentaría mantener pese a la ruptura entre los Austria y los Braganza. Lejos de determinismos, Vilardaga demuestra que las “redes” no son solo ni principalmente elementos que se imponen, sino utensilios creados y modificados por sus protagonistas según las circunstancias.

La cultura ocupa la última parte del libro. E. Rodrigues-Moura trata de la figura ambigua, de biografía incómoda durante años, de Francisco Manuel de Melo, portugués que, como tantos, en 1640 decidió permanecer fiel a Felipe IV para después saltar al lado bragancista. Para la historiografía nacionalista Melo ha representado un desafío a causa de su identidad oscilante. Pero el enfoque identitario no parece ser el mejor instrumento de análisis para comprender cabalmente a Melo y a quienes actuaron como él. Más que de un problema de lealtad a la nación, se trató de un conflicto de fidelidad a una dinastía en función de los intereses personales y familiares que cada vasallo encarnaba –y a los que también se debía. De hecho, Melo despertó sospechas incluso en el Portugal Restaurado donde buscó refugio después de haber servido a Felipe IV. Desterrado unos años en Brasil, allí redactó su célebre *A Visita das Fontes*, una pieza literaria de corte oportunista con la que su autor buscaba obtener el perdón de quien era ahora su nuevo rey. En ella, Melo presentó la recuperación de Bahía de 1625 como un anticipo de la Restauración de 1640. Como señala Rodrigues-Moura, se trató de una teleología interesada, pero este hecho no debería impedir la búsqueda de toda la complejidad política, cultural, social y emocional que representaron figuras como la de Melo, golpeadas por el fin de la Unión de Coronas. Termina el libro con el anticipo de un proyecto de investigación aún en curso: el

estudio de la fabulosa colección de avisos y noticias que reunió en Madrid el portugués austracista Jerónimo de Mascarenhas durante la guerra de la Restauración. Los 48 volúmenes conservados en la Biblioteca Nacional de España llevan demasiado tiempo a la espera de un análisis sistemático que desvele la procedencia de los documentos (¿quizás de la familia Moura-Corte Real, marqueses de Castelo Rodrigo?), las lenguas y la cronología representadas, los criterios de selección, la circulación de las informaciones y tantos aspectos más sobre los que P. Megiani ofrece aquí unos primeros resultados de enorme interés.

En la estela, pues, de una historia global construida en torno al concepto de circulación, esta obra sitúa al Brasil hispánico en el mapa de la mundialización de la primera Edad Moderna, consolida un campo de trabajo ya plenamente autónomo y abre caminos a futuras investigaciones. Los autores tienen en cuenta el peso notable de las dinámicas sociales y económicas pero sin perder nunca de vista el factor político y humano que también las condiciona. En otras palabras, antes de 1580 ya había “circulación” entre los mundos luso y español y posiblemente también relaciones que luego hemos dado en categorizar como redes. Pero lo ocurrido en 1580, como lo ocurrido en 1640, afectó de pleno a los circuitos, a las personas y a las interacciones que habían tenido lugar no *durante*, sino *bajo* la Unión de Coronas. El laboratorio del Brasil de los Felipes así parece probarlo, convertido en un nodo insoslayable de la historia global. Por último, señalar que en un libro donde las redes son protagonistas el lector habría agradecido la inclusión de un índice de nombres y lugares cuya ausencia resta funcionalidad a una obra que será, sin duda, ampliamente consultada por los especialistas.

Rafael Valladares
Instituto de Historia, CSIC (España)
rafael.valladares@csic.es